

LA ÚLTIMA ENTREVISTA
Y OTRAS CONVERSACIONES

HANNAH ARENDT

LA ÚLTIMA ENTREVISTA
Y OTRAS CONVERSACIONES

Traducción de Ana González Castro
y Diego Ruiz Oliveira

PÁGINA INDÓMITA

Título original: *The Last Interview and Other Conversations*

© Melville House Publishing, 2013, publicado bajo
acuerdo con Georges Borchardt, Inc., Houghton Mifflin
Harcourt Publishing Company, Piper Verlag GmbH
e International Editors Co

© de «¿Qué queda? Queda la lengua materna», The Literary
Trust of Hannah Arendt Bluecher, 2013

© de «Eichmann era escandalosamente necio», The Literary
Trust of Hannah Arendt Bluecher, 2013 (respuestas de Hannah
Arendt) y Piper Verlag GmbH, 2011
(preguntas de Joachim Fest)

© de «Pensamientos sobre política y revolución»,
Hannah Arendt, 1969, 1970, 1971, 1972, renovado
por Lotte Kohler 1997, 1998, 1999

© de «La última entrevista», The Literary Trust
of Hannah Arendt Bluecher, 2013

© de la traducción de «¿Qué queda? Queda la lengua
materna», «Pensamientos sobre política y revolución»
y «La última entrevista», Ana González Castro

© de la traducción de «Eichmann era escandalosamente
necio», Diego Ruiz Oliveira

© de la presente edición, PÁGINA INDÓMITA, S.L.U.
Providencia 114 bis, 4º 4ª. 08024 Barcelona
www.paginaindomita.com

Diseño de cubierta y composición: Ángel Uzkiانو

Ilustración de cubierta: grafiti de Patrik Wolters,
alias BeNeR1 (fotografía de Bernd Schwabe)

Impresión y encuadernación: Romanyà Valls

Primera edición: febrero de 2016

Todos los derechos reservados

ISBN: 978-84-943664-8-2

Depósito legal: C-2441-2015

ÍNDICE

¿QUÉ QUEDA? QUEDA LA LENGUA MATERNA	9
Una conversación con Günter Gaus	
<i>Zur person</i> , ZDF TV, Alemania, 1964	
EICHMANN ERA ESCANDALOSAMENTE NECIO	51
Entrevista con Joachim Fest	
<i>Das Thema</i> , SWR TV, Alemania, 1964	
PENSAMIENTOS SOBRE POLÍTICA Y REVOLUCIÓN	81
Entrevista con Adelbert Reif	
<i>Crisis de la República</i> , 1970	
LA ÚLTIMA ENTREVISTA	127
Con Roger Errera	
<i>Un certain regard</i> , ORTF TV, Francia, 1973	
INFORMACIÓN BIOGRÁFICA	157

¿QUÉ QUEDA? QUEDA LA LENGUA
MATERNA

Una conversación con Günter Gaus

Zur person, ZDF TV, Alemania

28 de octubre de 1964

La siguiente conversación entre Hannah Arendt y Günter Gaus —en ese momento un reconocido periodista, y más tarde alto funcionario del gobierno de Willy Brandt— se emitió en la televisión de Alemania Occidental el 28 de octubre de 1964. La entrevista ganó el premio Adolf Grimme, y al año siguiente se publicó bajo el título «*Was bleibt? Es bleibt die Muttersprache*» (¿Qué queda? Queda la lengua materna), en Günter Gaus, *Zur Person*, Múnich, 1965. Traducida al inglés por Joan Stambaugh, se incluyó en *Essays on Understanding* (Ensayos de comprensión), editados por Jerome Kohn (Harcourt Brace Jovanovich, 1994).

GÜNGER GAUS: *Señora Arendt, es usted la primera mujer a la que entrevistamos en un programa de esta serie. Una mujer con una profesión que, según la concepción habitual, podríamos considerar masculina: es usted filósofa. Esto me lleva a la primera pregunta: a pesar del respeto y del reconocimiento que recibe, ¿tiene usted la impresión de que su papel en el círculo de los fi-*

lósofos es raro o insólito por el hecho de ser mujer, o entramos con ello en la cuestión de la emancipación femenina, que para usted nunca ha existido?

HANNAH ARENDT: Me temo que debo empezar protestando. No pertenezco al círculo de los filósofos. Mi profesión, si podemos hablar en estos términos, es la teoría política. No me veo a mí misma como filósofa y tampoco considero haber sido admitida en ese círculo, como usted amablemente supone. En cuanto al otro asunto que plantea en su presentación: usted dice que la filosofía suele considerarse como una profesión masculina. Bueno, no tiene por qué seguir siendo así, es perfectamente factible que algún día una mujer sea filósofa.

G. G.: *Yo considero que usted es filósofa...*

H. A.: Bueno, no puedo hacer nada contra eso, pero yo opino que no. Me despedí de la filosofía para siempre. Como usted sabe, la estudié, pero eso no significa que la ejerza.

G. G.: *Me alegra que toquemos este punto, y me gustaría que precisara cuál es para usted la diferencia entre la filosofía política y su trabajo como profesora de teoría política. Cuando pienso en alguna de sus obras, como La condición humana, yo desde luego la ubicaría en el te-*

rreno de la filosofía mientras usted no defina la diferencia con mayor precisión.

H. A.: La diferencia se halla realmente en la cosa misma. La expresión *filosofía política* —que yo evito— arrastra la carga de la tradición. Cuando hablo de este tipo de temas, sea o no en términos académicos, apunto que entre la filosofía y la política existe una tensión vital. Es decir, entre el hombre como un ser que piensa y el hombre como un ser que actúa se produce una tensión que no está presente en la filosofía natural, por ejemplo. El filósofo, como los demás seres humanos, puede observar la naturaleza de manera objetiva, y al exponer lo que piensa habla en nombre de toda la humanidad. Sin embargo, con respecto a la política, su mirada no puede ser objetiva o neutral. No desde Platón.

G. G.: *Entiendo a qué se refiere.*

H. A.: La mayoría de los filósofos, con pocas excepciones, presenta una suerte de hostilidad frente a la política. Kant es una excepción. Esa hostilidad es de extraordinaria importancia en el tema en conjunto, porque no tiene relación con algo personal, sino que está en la propia esencia de la cuestión.

G. G.: *¿Y usted no quiere participar de dicha hostilidad porque cree que interferiría en su trabajo?*

H. A.: Exacto, «no quiero participar de dicha hostilidad». Quiero observar la política, por así decirlo, con la mirada no enturbiada por la filosofía.

G. G.: *Entiendo. Si me lo permite, volvamos al tema de la emancipación de la mujer: ¿le ha supuesto algún problema su condición femenina?*

H. A.: Sí, por supuesto. El problema como tal siempre está ahí. En realidad, yo he sido bastante anticuada. Siempre he pensado que ciertas ocupaciones no son apropiadas para las mujeres, que no les van, si puedo expresarlo así. Por ejemplo, que una mujer dé órdenes no está bien visto, y no debería adoptar ese perfil si pretende ser femenina. Aunque no sé si tengo razón, he vivido de acuerdo con este criterio de manera más o menos inconsciente —o, mejor dicho, más o menos consciente—. El asunto en sí nunca me ha condicionado personalmente. Para decirlo de manera muy sencilla, siempre he hecho lo que he querido.

G. G.: *En gran medida, su trabajo —seguramente entraremos en detalles después— busca conocer las condiciones bajo las que la acción y el comportamiento políticos tienen lugar. ¿Aspira con él a ejercer una gran influencia sobre la opinión pública o considera que dicha influencia es imposible en la actualidad? ¿O es esta una cuestión secundaria para usted?*

H. A.: No es una cuestión de respuesta fácil, pero, con honestidad, diría que cuando trabajo no me preocupo por la influencia que pueda ejercer.

G. G.: *¿Y una vez ha terminado?*

H. A.: Entonces, he terminado. Lo que quiero es comprender. Para mí, escribir forma parte del proceso de comprensión; durante dicho proceso se formulan ciertas ideas... Si tuviera buena memoria y pudiera retener todos mis pensamientos, dudo que escribiese —soy consciente de mi pereza—. El propio proceso de pensar es muy importante para mí; cuando consigo hacerlo, me siento personalmente satisfecha. Y mucho más si después consigo expresarlo de manera adecuada mediante la escritura.

Pero usted me pregunta acerca de la influencia de mi trabajo sobre los demás. Si me permite la ironía, ese es un asunto típicamente masculino: los hombres siempre buscan ese efecto. Yo, en cambio, lo considero algo más bien superfluo. *¿Me veo como alguien influyente?* No, lo que quiero es comprender. Y si los demás comprenden de la misma manera en que yo lo he hecho, eso supone para mí una gran satisfacción, un sentimiento de pertenencia similar al de estar entre los tuyos.

G. G.: *¿Escribe con soltura? ¿Es capaz de formular ideas con facilidad?*

H. A.: A veces sí, a veces no. Pero le diré que, en general, nunca escribo hasta que, por así decirlo, puedo dictarme a mí misma.

G. G.: *¿Hasta que ya lo ha pensado bien?*

H. A.: Sí, cuando sé con exactitud qué quiero escribir. Normalmente redacto del tirón con relativa rapidez —en realidad depende de la velocidad con la que mecanograbé.

G. G.: *La teoría, la acción y el comportamiento políticos son ahora el centro de su trabajo. En relación con esto, me parece de especial interés su correspondencia con el profesor Gershom Scholem.¹ Si me permite citarla, en ella usted escribió: «En mi juventud no me interesaban ni la política ni la historia». Señora Arendt, como judía, usted emigró de Alemania en 1933. Tenía entonces 26 años. ¿Existe una relación directa entre ese acontecimiento y el final de su indiferencia respecto a la política y la historia?*

1. Gershom Scholem (1897-1982), sionista, historiador y eminente erudito del misticismo judío, de origen alemán. Era un viejo conocido de Hannah Arendt. El 23 de junio de 1963 le escribió una carta muy crítica sobre su libro *Eichmann en Jerusalén*. La cita que aparece aquí corresponde a la respuesta de Arendt, fechada el 24 de julio de 1963.

H. A.: Sí, desde luego. No había lugar para la indiferencia en 1933. Ya no lo había incluso antes.

G. G.: *¿Para usted tampoco?*

H. A.: Por supuesto. Yo no militaba en ningún partido —ni tampoco sentía esa necesidad—, pero leía la prensa con detenimiento y me formé mi propia opinión. En 1931 estaba firmemente convencida de que el nazismo tomaría el poder. Y discutí mucho sobre este asunto, pero no me impliqué de manera sistemática hasta que decidí emigrar.

G. G.: *Tengo otra pregunta, relacionada con lo que acaba de decir. Si en 1931 estaba convencida de que el ascenso al poder de los nazis era imparable, ¿no sintió el impulso de oponerse activamente, afiliándose a un partido, por ejemplo? ¿O pensó que eso ya no tenía sentido?*

H. A.: Pensé que ya no tenía sentido. De lo contrario —es difícil decirlo ahora, a posteriori— quizá habría hecho algo, pero concebía que no había esperanza.

G. G.: *¿Recuerda si algún acontecimiento determinante marcó su giro hacia la política?*

H. A.: Diría que lo ocurrido el 27 de febrero de 1933: el incendio del Reichstag y los arrestos ilegales que le si-

guieron esa misma noche, las llamadas «detenciones preventivas». Como sabe, trasladaron a los detenidos a los sótanos de la Gestapo o a los campos de concentración. Lo que entonces sucedió fue monstruoso, aunque ahora esté eclipsado por lo que ocurrió después. Eso me sacudió de inmediato, y desde ese momento también me sentí responsable. Es decir, dejé de considerarme una simple espectadora e intenté ayudar de diferentes maneras. Pero lo que al final hizo que decidiese salir de Alemania, si he de hablar de eso... nunca antes lo he mencionado porque es muy poco relevante....

G. G.: Por favor, cuéntenos.

H. A.: Tenía la intención de emigrar de todos modos. Enseguida vi que los judíos no podían quedarse, y yo no pretendía deambular por Alemania, por así decirlo, como una ciudadana de segunda categoría, en la forma que fuera. Es más, estaba convencida de que las cosas irían a peor. Sin embargo, al final no me marché de manera pacífica, y debo decir que eso en cierto sentido me alegró: ocurrió que me arrestaron y tuve que salir ilegalmente del país —enseguida le diré cómo—. Pero pensé: «Al menos he hecho algo, no soy inocente. ¡Nadie podrá echármelo en cara!».

Fue la Unión Sionista alemana la que me dio la oportunidad. Aunque yo no era sionista, y ellos tampoco trataron de convertirme, ni tenía nada que ver con

el movimiento en términos políticos, me influyeron en cierto sentido: principalmente por la autocrítica que procesaban y que impulsaron entre el pueblo judío. Eso me impresionó. Pues bien, yo tenía una estrecha amistad con algunos de sus líderes, sobre todo con el entonces presidente, Kurt Blumenfeld. Y sucedió que en 1933 él y alguien que usted no conoce me dijeron: «Queremos recopilar las declaraciones antisemitas hechas en circunstancias ordinarias por asociaciones profesionales de todo tipo, por revistas especializadas... en definitiva, reunir todo este tipo de cosas que se desconocen fuera del país». Organizar algo así en ese momento era hacer lo que los nazis llamaban «propaganda difamatoria», y ningún sionista podía encargarse de ello, porque si le descubrían expondría a toda la organización.

G. G.: *Naturalmente.*

H. A.: Está claro. Así que me preguntaron: «¿Quieres hacerlo?». Y yo respondí: «Por supuesto que sí». La propuesta me hizo feliz: en primer lugar porque me pareció una idea muy inteligente, y en segundo porque sentí que algo podía hacer después de todo.

G. G.: *¿La detuvieron por eso?*

H. A.: Sí, me descubrieron. Pero tuve mucha suerte: me liberaron ocho días después porque entablé amistad con

el oficial que me arrestó, un hombre encantador al cual acababan de ascender de la policía criminal a una división política, y que no tenía ni idea de lo que debía hacer. Él me dijo varias veces: «En cualquier arresto suelo revisar el expediente y, tras eso, sé cómo proceder. Pero ¿qué se supone que debo hacer con usted?».

G. G.: *¿Eso ocurrió en Berlín?*

H. A.: Sí, en Berlín. Por desgracia, tuve que mentirle porque no podía exponer a la organización. Me inventé historias fantásticas, y me dijo: «La metí aquí y de aquí la sacaré; no contrate a ningún abogado. A ustedes los judíos ya no les queda dinero, ¡ahórreselo!». Mientras tanto, la organización me proporcionó un abogado defensor —a través de sus miembros, por supuesto—. Pero lo rechacé, porque el hombre que me arrestó tenía una expresión tan franca y honesta que confié en él y pensé que para mí sería mejor baza que un abogado temeroso.

G. G.: *¿Y la soltaron y pudo salir de Alemania?*

H. A.: Me soltaron, pero tuve que cruzar ilegalmente la frontera... mi nombre no estaba limpio.

G. G.: *En la correspondencia con Scholem que hemos mencionado, usted rechazaba, por superflua, la adver-*

tencia que él le hizo de no olvidar su pertenencia al pueblo judío. Usted escribió — cito de nuevo —: «Ser judía es un hecho indiscutible en mi vida, y en relación con esto nunca he pretendido cambiar nada, ni siquiera durante mi niñez». Me gustaría preguntarle algo: usted nació en Hannover en 1906 —hija de un ingeniero— y creció en Königsberg, ¿recuerda qué significaba para una niña ser de familia judía en la Alemania de la preguerra?

H. A.: No podría responderle con veracidad en términos generales, solo puedo hablar por mí misma. ¿Desea una respuesta general o personal?

G. G.: *Sus recuerdos personales, si le parece.*

H. A.: Según mi recuerdo personal, le diré que no supe por mi familia que yo era judía. Mi madre no era nada religiosa...

G. G.: *Su padre murió joven...*

H. A.: Así es — toda la historia suena un tanto extraña—. Proengo de una antigua familia de Königsberg: mi abuelo fue concejal de esa ciudad y presidente de la comunidad judía liberal, pero durante mi infancia nunca oí la palabra *judío* en casa; me topé con ella por primera vez en los comentarios antisemitas —que no merece la

pena repetir ahora— de otros niños en la calle. Y eso, por así decirlo, me *iluminó*.

G. G.: *¿Supuso una conmoción para usted?*

H. A.: No.

G. G.: *¿Se sintió especial en ese momento?*

H. A.: Se trata de algo distinto. ¿Sentí que era especial? Sí. Hoy no sabría descifrar el porqué, pero no me conmocionó en absoluto. Solo pensé para mis adentros: «Así son las cosas».

G. G.: *¿De qué manera se sintió especial?*

H. A.: Objetivamente, creo que tenía que ver con mi condición judía. Por ejemplo, de niña —ya algo crecida— sabía que tenía aspecto judío: mi aspecto era muy distinto al de otros niños. Yo era muy consciente de ello, pero no de un modo que me hiciera sentir inferior, simplemente era así. Además, mi madre y mi hogar familiar también eran diferentes de lo habitual, peculiares en comparación con los de aquellos con quienes nos relacionábamos e incluso con los de otros niños judíos. Pero a esa edad era complicado descifrar con exactitud qué era lo especial.